

# I

## LA SUERTE EN LOS CARACOLES

Entre un intenso olor a humo de tabaco, alumbrado por un montón de velas, escucho los consejos que me dan los santos. Los dieciséis caracoles o *merindiloggún* marcaron el signo *Ogunda tonti Ogunda*; la santera me advierte que no puedo portar armas (*jajaja*) y que cuide de mi salud, pues ese signo profetiza accidentes, tragedias o cirugía. No me sorprende, debe ser mi adicción al café y a la Coca-Cola lo que acabe llenándome los riñones de piedras. Sí, seguro me operan de eso: cálculos renales, ¿o será la vesícula, por tanto pinche coraje que hago con el Sebastián? ¡Ay, Oggún! Que no me toquen tus fierros...

Ahora que tengo la mirada desenfocada, puesta sobre la mesa donde se tiran los caracoles, escucho a la madrina pero no le presto mucha atención. En cuanto dijo la

palabra *cirugía*, no pude evitar pensar en ciertos dolores de estómago que me dan a veces, en especial por las noches. Cuando dije la palabra *tragedia*, pensé inmediatamente en mi exsuegro. ¡Cómo extraño ser niño!

La vida de los adultos es bien complicada. A estas alturas, cuando tengo siete órdenes de aprehensión en mi contra y un bebé en el vientre de una muchacha que ya no amo, recuerdo aquello que mi tía Natalia solía decir y que me cagaba los huevos: «Disfruta tu niñez, ahora quieres ser adulto, pero cuando seas adulto desearás volver a ser niño». Pinche vieja, tenía razón. Cuando era morro, mi mayor problema se llamaba matemáticas y lo que más me estresaba era quedarme sin lápiz y tener que escribir con la puntilla del compás. Ahora no pinches sé si mi mayor problema es Sebastián, la mamá de mi hijo o la puta policía. La culpa de todo esto es de mi pinche abuela: si no me hubiera adoptado, jamás habría conocido a Sebastián y quizás ahora yo sería padrecito en alguna iglesia del *DFctioso*. Es sorprendente cómo puede cambiar el rumbo de tu vida por cualquier pendejada. Un «sí», un «no», un «ya no aguanto las ganas de cagar», por eso pierdes el autobús, pero luego te enteras de que chocó en la autopista. Siempre estamos jugando a la ruleta rusa. Este mundo es un lugar sumamente peligroso y tuve que sobrevivir en él solo, desde niño.

Hablando de mi infancia, pienso mucho en eso, la verdad. Con frecuencia siento una terrible impotencia por no haber conocido a mi madre. Mejor me hubiera muerto yo en el parto y no ella. ¡Chingada suerte! También extraño a papá, aunque, la neta, extraño más su billetera, siempre generosa y dispuesta a apaciguar mis berrinches. ¡Qué cosas digo! Hasta yo mismo pienso que soy un auténtico culero. Pero, aguarden, cuando pienso en mi padre, siento, no sé, ¿odio? ¿Por qué empecé a odiar tanto a mi papá? Ah, sí, ya lo recuerdo: el pendejo firmó un papel para dejarles todo a mis tíos, mientras estaba bien pedo en la Navidad del 99. Cuando murió, me quedé en la calle, literalmente.

Bueno, como les decía, la madrina Esperanza, una cubana corpulenta, de piel tan negra como el ébano, a quien jamás verán sin un puro en la boca, es muy famosa aquí en Tepito. Tiene sólo dos tipos de ahijados o clientes: las viejas que vienen a pedir algún amarre con el güey que las dejó panzonas y los tipos como yo, que venimos suplicando protección por la vida que llevamos. Yo les tengo mucha fe a sus santos; en verdad creo que los *orishas* me han salvado de varias. Además, siempre que me lee los caracoles me saca un buen de pedo. Dicen los santeros que los caracoles nunca mienten y que por medio de estos se puede saber el presente, pasado y futuro de cualquier persona, aunque no tenga fe en la religión *yoruba*. El cara-

col profetiza también que pronto saldré de viaje, cosa que creo imposible. La situación está muy caliente como para ir a la playa a echar el coto. Llámenme supersticioso, pero es escalofriante y asombroso el trabajo de los *orishas*; me supongo que es lo más cercano a la magia.

Siempre que tengo este estúpido diálogo mental con personas que quizás no existen, termino reflexionando sobre qué tan sano es buscar culpables por las cosas malas que nos suceden. Creo que en la Biblia dice que Dios nos dio libre albedrío, pero los otros también lo tienen y pueden joderte, eso me hace dudar que toda esta mierda sea nomás por mi culpa, porque la cagué bien gacho. ¿En qué chingados estaba pensando cuando me escapé con Sebastián? Chale...

Ahora mismo la madrina está rezando algo en lengua lucumí, para después matar un gallo y echar la sangre encima del santo Elegguá. Tengo muchas lagunas mentales, pero creo que mi papá también andaba metido en estos rollos; los collares que usaba a veces se parecían a los que trae puestos la santera y juraría que varias veces lo visitó un cubano que se llamaba Hugo. Sí, es cierto, ¡ya lo recuerdo! Se llamaba Hugo Díaz y era hijo de Shangó. Antes pensaba que aquel señor era uno de los clientes de papá, pero no, a lo mejor era su padrino. Ya decía yo que esto no era nuevo para mí, sobre todo porque el olor de los habanos me provoca nostalgia: tardes aburridas de

domingos calurosos, Hugo llegaba a casa y mi papá me obligaba a encerrarme en mi habitación, supongo que para que no viera cómo hacían sus rituales.

Mientras la sangre baña al santo Elegguá, le pido que cuide a mi hijo que está próximo a nacer; quiera Dios que su abuelo jamás lo encuentre. También le pido por Sebastián, aunque no sé exactamente qué. Él y yo somos un caso extraño, más perdido que extraño para ser honestos. Ya que lo pienso detenidamente, creo que son las únicas dos personas que me importan. Bueno, también quiero un chingo a mi amigo David, pero a ese güey siempre le va rebien, me imagino que no necesita los favores de Elegguá; además, si le contara de esto, me diría que soy un idiota y que es un crimen atroz matar a un animalito que no puede defenderse.

David es vegetariano y protege mucho a los animales; es, como se dice ahora, un auténtico *chairo*, uno de esos chicos que piensa, muy a pesar de su inteligencia, que el mundo puede cambiar haciendo marchas pacíficas y paros en universidades públicas. Como sea, me da buenos consejos. Siempre me dice que si no dejo mi «vida loca», un día caeré al suelo lleno de plomo sin siquiera darme cuenta. Y sí, creo que tiene razón. Con frecuencia me dan ganas de dejar esta orgía de balas, motos y drogas, luego recuerdo que no sé hacer otra cosa y se me pasa. ¿Qué podría hacer?, ¿volver a la tienda de ropa?, ¿lavar

autos?, ¿ir a la universidad? Creo que no. Ya van varias veces que Elegguá, mi *orisha* protector, me advierte en el oráculo que debo alejarme de las armas y las drogas, dice que él me puede dar una vida mejor si me decido a encontrar un trabajo honesto; pero no, creo que vendí mi alma al diablo hace un buen rato. Esto de ser narcosicario es como vivir una vida que no es real. Es casi como estar en un videojuego donde sabes que si la cagas, te matarán, con la diferencia de que en el juego tienes muchas vidas y lo puedes intentar cuantas veces sea necesario, pero aquí en la Tierra no, si te matan, estás frito y punto final. *Game over, bitch.*

«Oggún shoro shoro, eyebale de karo, Oggún shoro shoro, eyebale de karo, Elegguá dekún, eranden korun yen, babami dekun, eran den korun yen», canta la santera mientras hace el sacrificio. Yo la neta no entiendo nada de ese idioma. Caen cuatro pedazos de coco al suelo, es otro método de adivinación que usan los sacerdotes de esta religión. Alafia, Elegguá quedó contento con el gallo y me dice que mi bebé estará a salvo, pero ni pío sobre el Sebastián. Hace un par de meses, la *orisha* Oyá bajó en un toque de tambor, tomó posesión de una santera tepiteña y me dijo que tenía que alejarme de él. La neta, pasan cosas muy raras en esos toques de tambor. Son fiestas que hacen los santeros en honor de los *orishas*. Se llevan a cabo en casas comunes y corrientes, o en salones

de eventos, cuando el santero es pudiente. En el lugar se prepara un altar en donde se pone a todos los *orishas* y se rodean de flores, veladoras, pasteles, dulces y frutas. Cada uno de los asistentes tiene que pasar al altar para saludar a los santos, para eso uno tiene que sonar un par de campanas, una maraca y una vaina de framboyán. En la fiesta hay por lo general cuatro músicos: tres tocan los tambores y uno canta en lengua lucumí. Son frecuentes los trances espirituales; algunos santeros tienen la habilidad de bajar a un santo, entonces ocurre la posesión. Como yo soy mamón por naturaleza, la primera vez que Sebastián me contó que había visto a un hombre, poseído por el *orisha* Oggún, apagarse un puro ardiente en el ojo abierto, me eché a reír. Luego me tocó ver en una vecindad de la Merced a una santera poseída por el *orisha* Shangó masti-cando carbones al rojo vivo y les juro que, desde que cayó en trance, no parpadeó ni una sola vez; por el contrario, parecía que se le iban a salir los ojos. Casi me meo del susto y me tragué mis palabras de incredulidad. Desde ese día voy a todos los tambores que puedo.

—*Mijo*, no te corro pero ya es *talde*, déjale tu derechito al santo y *acuéldate* bien de lo que te dijo Oggún en el caracol: no traigas armas encima porque una de dos: o te matan o tú matas a alguien y entonces ahora sí te toca *achelú*.

—*Achelú* significa cárcel, ¿verdad?

—Tú lo *sabe*, *mijo*.

—OK, madrina. Deme su bendición por favor. Le encargo mucho que rece por Sandra y por mi bebé.

—No te apures, *mijo*, que la *Caridad* del Cobre y Elegguá se van a *encalgal* de que todo salga bien. *Tò iban eshu*.

Salgo de la casa de la madrina lleno de esperanzas heridas y sentimientos imperfectos; algo así como una mezcla entre amor, odio, lástima, alegría y crisis, porque la crisis también es un sentimiento. Me meto al coche y lo primero que veo es que Sebastián me ha llamado treinta veces. ¡*Chingao!* Se me olvidó el puto teléfono aquí. Bueno, con tanta insistencia en su llamado, puedo estar seguro de dos cosas: la primera, Sebastián me va a madrear; la segunda, tendré que desobedecer a Oggún.